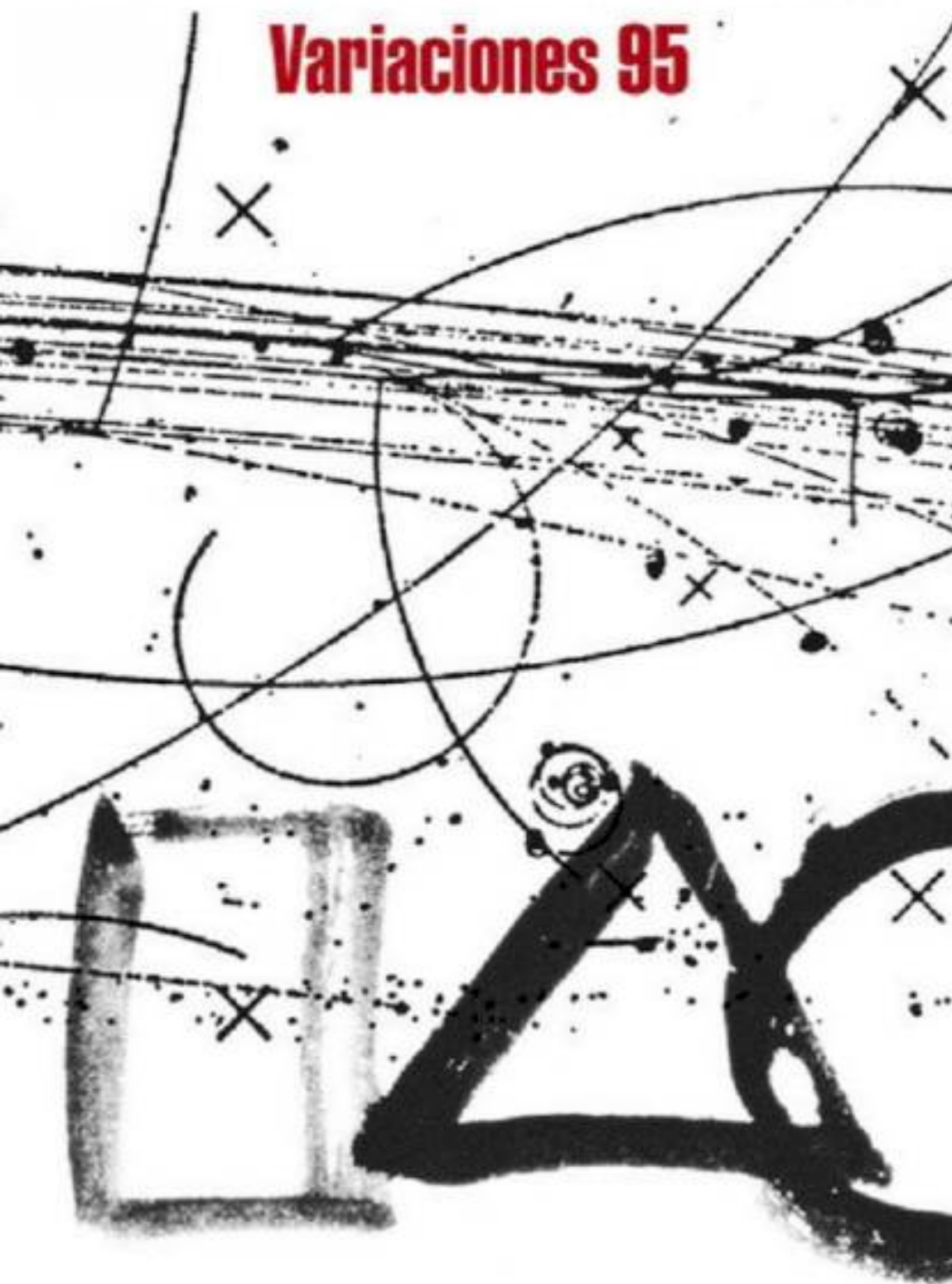


# SALVADOR PÁNIKER

## Variaciones 95



Segunda entrega de los diarios personales de Salvador Pániker, mezcla de reflexión, memorialismo, crónica social y apuntes íntimos, que comprende el año 1995. Sobre *Cuaderno amarillo* escribió un crítico que se trataba del «espléndido dietario del pensador vivo más interesante que tiene hoy la lengua castellana». Pues bien, *Variaciones 95* sigue en la misma línea de intensidad y de excelencia, abordando temas múltiples y recurrentes: filosofía, religión, literatura, ciencia, arte, política, moral. Sin descuidar la ya citada crónica social, e incluyendo nuevas páginas de una bellísima e inusual historia de amor. *Variaciones 95* puede considerarse así como un documento sin precedentes en nuestra literatura memorialista. Se alterna la anécdota con la categoría; el estilo es brillante, sincopado, impresionista; el autor no siente ningún escrúpulo en abordar los temas de la sexualidad y el erotismo, pero trata con muchísimo cuidado todo lo relacionado con la trascendencia. Probablemente se advierta aquí el permanente empeño por conciliar Oriente con Occidente —la sensibilidad mística con la ciencia positiva—, que es una de las características más propias de Salvador Pániker. Un libro con una «música propia» y que, en todo momento, consigue conciliar la profundidad con la amenidad.

## ADVERTENCIA

*Variaciones 95* es la continuación de *Cuaderno amarillo*, una nueva entrega de mi personal *Recherche*, transcripción selectiva de mi diario íntimo, mezcla de reflexión, memoria-lismo y desahogo. Cubre el año 1995, y de ahí el título.

*Variaciones 95*, lo mismo que *Cuaderno amarillo*, contiene (creo) una cierta *paideia* y, por consiguiente, una propuesta de *areté*. La palabra *areté* —bajo cuyo sello se publicó originalmente— puede traducirse por virtud/eficacia/excelencia, pero también por «arte de vivir». En el presente caso, el arte de tenerse en pie en la era del relativismo nihilista. (Dicho sea con el menor énfasis posible).

*Variaciones 95*, como el libro anterior, alterna reflexiones filosóficas con narrativas aparentemente más ligeras; pero es así como viene la vida, mezclada, y finalmente todo para en lo mismo. En relación a la *love story* que aparece en *Cuaderno amarillo*, el lector comprobará que tiene aquí su seguimiento, aunque todavía no su desenlace. Respecto a mis problemas de salud —tan frecuentemente aludidos en el texto—, he ahí el último rótulo que les han colgado: síndrome de fatiga crónica —en inglés, que queda más elegante, *Inmune Dysfunction Syndrome*—. Lo cual que vaya usted a saber.

*Variaciones 95* debería, a su vez, tener continuación. Pero ya veremos.

## NOTA DE AGRADECIMIENTO

Tengo una deuda de gratitud con mi hijo Agustín, por su inestimable lectura crítica del primer borrador de este libro. También con mi amigo Isidro Aparicio, por idéntica razón.

## 1 de enero

Nochevieja en casa. Descorchamos una botella de champán y brindamos por el año nuevo, Mónica, Gregorio y yo. En la tele, Gila cuenta chistes.

Me despedí del 94 con reuma. NV, que a menudo viene a ver a Mónica, me recomienda resignación. NV es realista, detallista, minuciosa. «Esa mesa de trabajo tuya, tan baja, es mala para la artrosis». Pues en esta mesa he escrito más de 700 folios de diario este año pasado.

Hay uvas en la nevera, pero nadie tiene la desfachatez de tomarlas, hasta ahí podíamos llegar. Dícese que la absurda práctica de comer uvas en Nochevieja fue idea de unos avisados cosecheros vitícolas allá por el año 1910; había excedentes e inventaron esa costumbre. Y las gentes, todavía hoy, como borregos.

Las gentes, las fiestas. Hubo un tiempo en que las ceremonias del Año Nuevo tenían significación sagrada, eran la reiteración simbólica de la cosmogonía, el recuerdo del primer día en que el mundo fue creado. Hoy, ya se sabe, las solemnidades están huecas, las costumbres son amnésicas. Esta noche pasada, las gentes parecían muy excitadas celebrando el cambio de una hoja de calendario. Curiosamente, significativamente, son los jóvenes quienes más parecen seguir necesitando la celebración de fiestas recurrentes, esa mezcla de religión y ritmo, de retorno al origen y anestesia. Porque el concepto de fiesta es religioso, arcaico, cósmico y agrícola.

*Nota.* Sostenía Sigmund Freud que la fiesta arranca del sacrificio original, anterior a la agricultura y al fuego, y que no tuvo en un principio la significación de ofrenda a una divinidad enojada. El sacrificio fue perpetuado de forma simbólica con la muerte del animal totémico, que

se consumía totalmente crudo. El psicoanálisis ha revelado que el animal totémico es una substitución del padre. En consecuencia, la fiesta es alegría y duelo, el rito perpetuado del sacrificio original, que es el asesinato original, que es el asesinato del padre.

Perfectamente. Nadie sigue ya a Sigmund Freud en esta remota especulación suya. Hoy pensamos —es decir, lo pienso yo— que la fiesta es *tranquilizante* en la medida en que reinstaura el tiempo cíclico del mito. La fiesta es ambivalente en tanto que autoriza a realizar lo prohibido, satisface la tendencia a mantenerse dentro y fuera de la norma. La fiesta es antigua como la conciencia humana. La fiesta es catarsis, exorcismo que nos libera de la maldición de ser, epifanía de lo asombroso, una orgía secretamente ligada a la tragedia.

No hubo manifestación literaria de la tragedia en la Edad Media cristiana, pero hubo un *acting out* expresado colectivamente en las fiestas de los locos y otras irregularidades. La fiesta de los locos consistía en que clérigos y burgueses, obispos y plebeyos, cubrían su rostro con máscaras, recitaban refranes licenciosos, cantaban, bailaban, fornicaban, tergiversaban el orden cósmico, no dejaban dormir a sus vecinos. Esto ocurría especialmente el día primero de cada año, y la costumbre duró hasta bien entrado el siglo XVI, cuando el nacimiento del primer capitalismo industrial sofocó los alborozos del *homo festivus*.

Lo dicho: la fiesta, el culto a Dioniso, es un exorcismo, la liberación del fardo de la identidad —de ahí el simbolismo de las máscaras—, la ruptura transitoria de un orden. A señalar que el referente del orden es siempre el Uno, y que la fiesta es la irrupción de la pluralidad. La fiesta es una respiración, un margen para el caos.

En fin. La fiesta es tiempo sagrado, un asunto muy antiguo, y resulta bastante deprimente el espectáculo de todas

esas gentes que desconocen el origen de sus pulsiones y se apuntan a lo que les echen.

### 3 de enero

Sentencia el doctor Fernández i Sabaté que lo mío es artrosis generalizada, que algunas vértebras prácticamente se me juntan, que lo de ahora es «tendinitis del supraespinós de l'espatlla esquerra», que debo evitar estiramientos bruscos del tendón, dosificar mis partidas de frontón, natación como terapia, microondas en el hombro. Me pone una infiltración de cortisona.

Anteayer escribía sobre la pervivencia camuflada del mito en las sociedades modernas. La cosa, a mi juicio, tiene que ver con la angustia del tiempo histórico, que es el tiempo profano que conduce a la muerte. El mito está *fuera* del tiempo histórico. En las sociedades arcaicas —léase a Mircea Eliade—, todo era mito; no había distinción entre tiempo de trabajo y tiempo de ocio. Y ese mito que embebía la existencia, protegía al hombre arcaico de la angustia del tiempo profano, que es el tiempo lineal, el tiempo abocado a la muerte. Pues bien, en el hombre moderno, el mito se ha camuflado en algunas *diversiones* del ocio, por ejemplo, en los encuentros deportivos, en el cine. El inmenso atractivo de esas celebraciones procede de que son una salida fuera del tiempo. En la intensidad de la fiebre futbolística, en la acotación de una película de amor o de suspense, aunque la trama sea temporal, queda suspendido el tiempo. Y de ahí un cierto sentimiento de tristeza cuando ambas «fiestas» terminan, cuando uno se reincorpora al tiempo profano, que es el tiempo de las obligaciones cotidianas.

Añadiré que toda verdadera creación artística es una salida fuera del tiempo, una reinención del mundo y del lenguaje. En cierto modo, una cosmogonía.

## 5 de enero

La película se llamaba *Mr. H. Pulham Esq.* —aquí estúpidamente traducida por *Cenizas de amor*— y la dirigió en 1941 King Vidor. No es una obra maestra, pero sí inteligente y evocadora. Es la historia de un hombre que prefiere la rutina a la pasión, una historia bien contada y con el aliciente, a pesar de sus peinados, de la bellísima Hedy Lamarr. Una historia que maquinalmente me ha llevado a reflexionar sobre mi propia vida, los clichés del tiempo y la familia.

La familia, etimológicamente, es el conjunto de *fámulos* (generalmente esclavos) dentro de una misma explotación económica (*domus*) presidida por el *pater familias*, que es el propietario de todo el *patrimonium* (ganado, esclavos, mujeres, niños). Las grandes religiones monoteístas sancionaron este esquema. No ha sido hasta hace poco que la omnipotencia masculina ha entrado en declive. Con escasas y honrosas excepciones (Stuart Mill, Condorcet), la dominación del sexo masculino había sido considerada, ya como una consecuencia de la voluntad divina, ya como un resultado de la desigualdad biológica. Hoy todo eso está cambiando. Las técnicas de control de natalidad, el trabajo asalariado de ambos sexos, la revuelta feminista, amén de otros mil condicionantes, conducen a un cambio en el concepto de familia, a una reducción de su tamaño, a nuevas modalidades y tanteos.

Escribe Emilio Lamo de Espinosa sobre la progresiva transición de una sociedad de familias a una sociedad de individuos. El 34 por ciento de los hogares daneses, el 33 por ciento de los alemanes y el 30 por ciento de los holandeses son ya unipersonales. En algunas grandes ciudades, el fenómeno es masivo: la mitad de los hogares de París son unipersonales; «capital de la soledad» la denominan los demógrafos franceses. Y yo cavilo que el aparato televisivo como *Ersatz* de la compañía humana algo tendrá que ver



con eso. Y, en general, las peculiaridades de una sociedad postindustrial. Es obvio que las tasas de divorcio son mucho más bajas cuando los cónyuges dependen unos de otros para la subsistencia. Así, los bajos índices de divorcio de las sociedades europeas preindustriales, aparte razones religioso/culturales, se debían a un condicionante ecológico: las parejas de agricultores se necesitaban mutuamente para sobrevivir. En fin, ya se sabe que con la industrialización, la urbanización y la higiene hemos pasado de familias numerosas con débil esperanza de vida y altísima mortalidad infantil, a familias más restringidas, con ancianos que sobreviven.

Pienso en la familia de mi madre, por ejemplo, lo que ella me contó de la Barcelona de principios de siglo. Cada tiempo se acomoda a sus miserias. En la época en que mi madre vino al mundo, todavía era frecuente que los niños muriesen en el alumbramiento, y si salían del trance les quedaba por sortear la viruela, el sarampión, la escarlatina, la difteria, la pulmonía, la tuberculosis y alguna guerra civil. Con todo, ya digo, la gente se acomodaba, incluso estaba contenta —contenta, supongo, de haber sobrevivido—. Como todos los niños de mi época, yo fui un niño flaco. Por cierto, ¿qué hacían las familias en sus casas después de haber cenado? Pues leer, conversar, rezar el rosario.

Rectifico: el rosario se rezaba antes de la cena.

El caso, decía, es que pasaron una película por la tele y me he quedado pensativo. Descompongo mentalmente los fragmentos de familia que he tenido. Mis padres. Me he ocupado de ellos en mis libros de memorias. Tenían muy poco en común mis padres. Él era un tipo humano robusto y activo, que había roto con su familia, allá en la India, y quería «comenzar de nuevo», acá en España; obraba más por instinto que por reflexión, desbordaba simpatía y don de gentes, no era nada intelectual, tenía buenos reflejos de

supervivencia, una cierta mezcla de picardía y simplicidad. Ella era un ser en las nubes, asténica, sentimental, profunda, perpleja, biológicamente abocada a la ansiedad, pero fuerte de carácter, y dotada de una sorprendente intuición para calar la calidad de las personas. O sea que tampoco tan «en las nubes». ¿Por qué se casó mi madre con mi padre? Pues qué sé yo. Mi madre no era una mujer sensual, y su enamoramiento debió de comenzar siendo platónico: mi padre era un guapo mozo que venía de muy lejos. ¿Qué vio mi padre en mi madre? Pues supongo que una mujer veraz, consistente, idealista, fiel. Ninguno de los dos se equivocó. Siendo tan distintos, su matrimonio fue sorprendentemente feliz.

Nunca idealicé a mis padres, nunca tuve ni una sombra de Edipo; sentí por ellos un cariño verdadero y fácil. Mis padres contribuyeron decisivamente a que mi infancia fuera feliz. Porque yo siempre me sentí querido. En el caso de mi madre, yo sabía además que su cariño era incondicional, lo cual me protegía. No me protegía mi madre, me protegía la incondicionalidad de su cariño. Era un poco como la fe religiosa. Mi madre, en muchas cosas, se equivocó conmigo, o me malinterpretó, como cuando le dije que había decidido ganar dinero para poder olvidarme del dinero, ahí mi madre no me captó, aunque tampoco me captaba yo a mí mismo, eran tiempos de tanteo; pero, salvando esto, entre nosotros, la comunicación profunda nunca se interrumpió. Nunca.

Mis hermanos. (Me refiero a R. y M.; el caso de JM es especial). Mis hermanos condicionaron buena parte de mi juventud, y me supuso un fuerte desgaste —endocrino y monetario— librarme de ellos. Al final tuvieron mucha suerte (económica) y me alegro por ellos, aunque fuera a costa mía; así, al menos, han podido asegurarse una vejez sin apuros.

Mis hermanos simbolizan algo, ya remoto, de lo cual conseguí emanciparme, el asfixiante tinglado ideológico/religioso que contaminó mi juventud. Hablé de ello en *Primer testamento*. Las secuelas de la enfermedad de mi padre. Yo no fui a Oxford, yo fui a la fábrica y gané mis títulos académicos casi de matute, a contrapelo de la voluntad familiar que me tenía asignado un *dharma* más modesto, y me casé por la Iglesia y bauticé a mis hijos y calibré por un tiempo la posibilidad de conciliar el cristianismo con la modernidad (sin saber muy bien lo que era la modernidad). Mi cambio de paradigma fue lento, y tampoco me quejo. No me fueron mal las cosas con el viejo paraguas. De pronto, un buen día, comenzó a quedar claro que entre mis hermanos y yo no había ya gran cosa en común. Su club no era mi club. Ellos siguieron aferrados a lo suyo, y lo suyo era un cierto cristianismo impermeable, por mucho reciclaje aparente que trajera. Yo me di de baja. Cosas que pasan. Cosas relativamente normales. La verdad es que lo único que hoy les reprocho a mis hermanos es que nunca me hayan dado las gracias —o al menos el pésame— por haberles salvado de la catástrofe económica, la bancarrota de una empresa familiar que finalmente cayó sobre mis espaldas.

Pero todo esto es agua pasada. Mis hermanos no son mala gente; son, ya digo, gente normal, es decir, gente que sólo se entera de lo que les conviene, de lo que no pone en peligro el concepto que tienen del mundo y de sí mismos. Ya decía Ortega (*La rebelión de las masas*) que a la gente le trae sin cuidado la veracidad de sus ideas: lo que importa es la *defensa* de algo —algo con lo que uno se identifica—; las ideas sólo son «aspavientos para ahuyentar la realidad». Insisto pues: mis hermanos son gente normal. Nunca significaron para mí una verdadera familia, sólo un aparato de control. Nunca tuvieron mucha idea de quién era yo. Férreamente codificados desde la infancia, mis hermanos han ido por la vida bien instalados en sus ideas previas, sus formas previas, sus juicios previos, su carácter pre-

vio. Hay en ellos cierta elementalidad que les da fuerza; identificados con sus propios personajes, desalojan la angustia. Hoy son ya viejos y no tienen por qué cambiar. Ni yo les aconsejaría que lo hiciesen. Tal vez mi hermano, que ha escrito un buen libro sobre budismo, haya hecho la experiencia del vacío. No sé. Aspecto de liberado mi hermano no lo tiene. Pero ¿quién tiene aspecto de liberado?

Mis hijos. En India un hombre quiere tener muchos hijos para que al llegar a la edad madura ellos le cuiden y le mantengan. Me temo, *hélas*, que no es mi caso, y tampoco me quejo. Aquí sigue uno, en plena edad madura, todavía con hijos a su custodia, atado a un extraño sentido de responsabilidad. *Être obligé c'est être lié*. Nietzsche (en el segundo ensayo de los tres que componen *La genealogía de la moral*) se extrañaba de ese fenómeno tan forzado: la obligación de cumplir lo prometido, esta «larga historia de cómo se ha originado la responsabilidad». En mi caso, no se trata tanto de cumplir una promesa como de algo previo y más espontáneo. Las promesas unas veces se cumplen, otras no. Porque el que ha de cumplir nunca es «el mismo» que el que prometió. En cambio, en la responsabilidad frente a los hijos, al menos en mi caso, no media ningún sentimiento del deber. Aunque el resultado sea el mismo: un cruce de genes y de *memes* que conduce a una cierta sujeción. «Sentirse obligado a.» En Occidente, religión y moral vienen empapadas de esta metáfora: el hombre es un animal que *debe*. Por haber recibido el ser gratuitamente, «está obligado a». El origen de la metáfora es obviamente teológico: le *debes* el ser al Creador. El pago se satisface en forma de obediencia. Obediencia a unos mandamientos. Obediencia a secas. En Oriente, donde no hay Dios creador, el tema de la responsabilidad no va ligado con ninguna deuda ontológica. Tampoco con ninguna cul-

pa, ninguna libertad individual. Es otra cosa. Es el *dharma* y es el *karma*. No sé si es mejor o peor.

En todo caso, ahí están los lazos afectivos, una peculiar solidaridad ecológica, algo, ya digo, muy hondo y previo, las prolongaciones de uno mismo que, llegado el caso, uno puede querer más que a sí mismo. Y esto es lo extraño. Los hijos, entes autónomos que salieron de uno, pero que ahora piensan y respiran por su cuenta, que incluso te juzgan —con mayor o menor benevolencia—, o se desinteresan, o te miran sin demasiado asombro, rozando la indiferencia; los hijos, sí: yo nunca me acostumbré a ellos. Pablo, el primogénito, me reprocha suavemente que mientras él fue niño o joven, yo nunca *hablé* con él. Quizá sea cierto. He sido un padre ausente, al menos mientras los hijos eran niños. En primer lugar, porque yo sólo *condescendí* a tener hijos. En segundo lugar, porque nunca me consideré «el representante de la ley» freudiano. ¿Qué ley? Hace 30 años éramos todos muy permisivos. Eso sí, había un compromiso tácito que cumplí: les ofrecí la mejor educación posible, me ocupé de su sustento. Hoy, al cabo del tiempo, me encuentro con ese hecho tan extraño, los hijos ya crecidos, y, en dos casos concretos, con la necesidad de seguir ejerciendo la función social de *pater*.

En resumen, asumí mis responsabilidades desde mis propias reglas de juego. No he sido el prototipo del Padre —un hombre estable, firme, creíble, fuerte—, entre otras razones porque descubrí muy pronto que estos arquetipos en ninguna parte existen, y si existen, sólo son farsas. En cambio, sí he sido verdadero padre cuando mis hijos me han necesitado. Por ejemplo, sí he sido verdadero padre de mi hija Mónica, vaya si lo he sido. Y lo sigo siendo. Pero, ya digo, nunca creí en el estatus jurídico del padre todopoderoso, el *pater familias* del derecho romano. Estimo que la paternidad es una función social que puede descomponerse en subfunciones varias, y que el conjunto de esas subfunciones no tiene por qué asumirlas un solo individuo;

puede haber multitud de padres: padre biológico, padre educador, padre transmisor de códigos estéticos, o morales, etcétera. Todos tenemos muchos padres y muchas madres, y el punto de enlace entre natura y cultura, entre padre biológico y padre social, es múltiple y diverso.

Y sin embargo, ya digo, mi sentimiento hacia los hijos/hijas es intenso e inmediato, simple y espontáneo, casi absoluto. Realmente extraño: a la vuelta de un largo historial de egocentrismo, resulta que aquello de estar uno dispuesto a «dar la vida por los hijos» tiene un sentido estrictamente literal.

Desconcertante, sí.

## 10 de enero

«¿Organizó usted los GAL, señor González?», le pregunta Iñaki Gabilondo al presidente del Gobierno en la televisión pública, y el presidente responde que no. Y se dice que la mitad de los españoles le ha creído, la otra mitad no. ¿Qué piensa uno? Pues veamos. González es ante todo un animal político y ha optado por soslayar ahí cualquier tipo de ambigüedad. González ha salido relativamente airoso de la prueba televisiva —una prueba, claro está, provocada por él mismo—. Ahora bien, ya digo: relativamente. Porque cabía esperar un cierto reconocimiento de que a veces las cloacas del Estado se vuelven autónomas. Porque lo más plausible es pensar que el asunto de los GAL lo montaron desde el Ministerio del Interior, quizás (al principio) a espaldas de Felipe, es decir, mirando Felipe hacia otra parte. Al fin y al cabo, ¿no fue esto lo que hizo el general De Gaulle cuando el conflicto de la OAS? En fin, cabía esperar el taimado reconocimiento de una cierta anuencia, aunque salvando la faz legal. Y juraría que éste es *le mot juste*: anuencia. Anuencia con la policía exfranquista y con los crímenes de Estado. Anuencia y tal vez mala conciencia por no ha-

berse atrevido a romper con todas las herencias recibidas. Todavía recuerdo a un joven y algo amedrentado Felipe González, en la noche de su primera victoria electoral, pronunciando un débil discurso con alusiones, que no venían al caso, al pleito de Gibraltar. Se comienza con un guiño a los militares y se sigue por donde se puede. Y contemplado en términos históricos globales, uno les comprende: la Izquierda, en su nueva toma de contacto con el poder, tenía que andarse en España con pies de plomo. Llegaba tras dos siglos de enfrentamiento y odio. Ahora bien, el precio pagado han sido las excesivas concesiones, el mirar hacia otra parte, las citadas anuencias.

Los GAL nacieron en una época en que ETA mataba policías y militares a mansalva, y si algo temían los socialistas era el deterioro del orden público (tan degradado en tiempos de la República), o, incluso, un nuevo golpe militar. Además, ETA campaba a sus anchas por el sur de Francia, mientras el gobierno francés se lavaba las manos. (Juan Reventós, por entonces embajador de España en París, me contaba el modo displicente con que le trataban las autoridades galas). Y ése era el contexto con que se enfrentó Felipe González. Dicen ahora que todo este miserable asunto ha salido a la luz pública porque el ministro Belloch ha dejado de pagarle el «sobresueldo» al policía Amedo —y lo habrá hecho, supongo yo, con el visto bueno de Felipe—. O sea que tampoco se puede negar una cierta voluntad de limpiar las cloacas. Sea como fuere, el camino escogido por Felipe es el de negar cualquier pecado, incluido el de la anuencia. Él declara solemnemente que «nunca autoricé, encubrí ni toleré la actuación de los GAL».

Ignoro cuál va a ser el juicio de la historia sobre la actuación del PSOE a lo largo de estos últimos años. Llegó al poder con un capital político y moral sin precedentes y ha conseguido indiscutibles logros: integrar a España en Europa, modernizar la economía, sentar las bases de un Estado del Bienestar, incluso finalmente desactivar el crónico «pro-